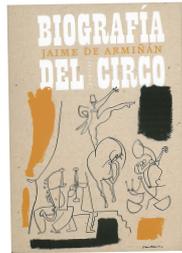


Érase una vez... la aventura y la magia del circo

El cineasta y escritor Jaime de Armiñán repasa la 'Biografía' del 'mayor espectáculo del mundo' en un libro que fue su debut literario en 1958 y que vuelve a ver la luz tras años en que era casi imposible de encontrar



Antes que el cine, fue el teatro. Y mucho antes de que existieran las obras de autores como Sófocles y Eurípides, ya los volatineros, artistas con habilidades especiales, domadores de animales y, en general, cualquier número pintoresco, despertaban la admiración del público. Incluso en la Antigua Roma, cuando las obras dramáticas se habían convertido en elemento aglutinador de la sociedad, funámbulos y otros fenómenos eran capaces de robar audiencia al teatro. Incluso de atraer la atención del emperador Marco Aurelio.

Cuentan las crónicas que un día que el principal gobernante del Mundo Latino paseaba por las calles, después de haber despedazado a tres esclavos y contemplado cómo uno de sus leones se exhibía a costa de sus enemigos, un número mucho más pequeño llamó su atención. Un niño bailaba sobre una cuerda. Brincaba sobre ella admirando a Marco Aurelio. Pero de pronto se cayó. Y el emperador, conmovido, ordenó que, de ahí en adelante, bajo la maroma se colocaran colchonetas protectoras.

Fue una víctima, una de las muchas que ha habido en un mundo donde la habilidad se une al peligro. La anécdota la recoge el cineasta y escritor Jaime de Armiñán (Madrid, 1927) en su *Biografía del circo*, un libro con el que debutó en la escritura en el año 1958 y que ahora recupera la editorial Peppitas de Calabaza. Se trata de una nueva edición del libro, hasta ahora casi inencontrable, con ilustraciones del pintor Juan Ignacio Cárdenas y de la Vainica Doble Carmen Santonja, además de Ramiro Tapia, José R. Alonso Castrillo, Eduardo Santonja, José E. Paredes Jardiel, José Luis Pradera, Chus Lampreave, Elena Santonja, Leo Anchóriz y Arcadio Blasco. Sus dibujos completan un relato en el que Armiñán repasa todo aquello que ha convertido al circo en el mayor espectáculo del mundo.

Comenzando por la música. Con sus tempos y sus ritmos, recuerda el autor, en esa "Sinfonía" inicial "está encerrado el circo entero. Sus años de historia. El polvo de los caminos. El sudor. El peligro. La fuerza, el equilibrio y la risa". Y con esa melodía Armiñán comienza un relato en que cada capítulo es un número de un espectáculo "tan antiguo como el mundo" y uno de los ingredientes que lo han convertido en lo que es hoy.

El circo, reflexiona Armiñán, "quizá tuviera su origen en los asirios, que visitaban lejanas tierras. O en las populosas ciudades de la India. O en Egipto". Esos ecos primitivos resuenan en cada capítulo. Pero Armiñán prefiere fijarse en "la vida del circo" desde que éste fue "entrañable compañero de nuestros abuelos: allá por el siglo XVIII, cerca de las pelucas empolvadas, rozando las levitas románticas". Entonces, asegura, "casi en el siglo XIX", es cuando surge "el circo moder-

no". Cuando la sociedad aprendió a admirar "la fuerza y la destreza" que son la sangre del circo.

Fueron aquellos los años de figuras como Philip Astley, el legendario padre del circo moderno. Nacido en Inglaterra en 1742, en Newcastle-under-Lyme, cuando era apenas un adolescente se alistó en la caballería del Regimiento de Dragones para luchar en los campos de batalla de Europa. A la vuelta, creó en Londres una escuela de caballería que, años más tarde, en 1768, se convertiría en El Cascarón del Medio Penique. Allí presentó sus primeros números de equitación, simples desfiles y exhibiciones que no eran nuevos en Londres, pero que por su perfección destacaron hasta auparlo a la fama.

Con el tiempo, el espectáculo se completó con sombras chinescas, acróbatas y pirámides humanas. "Y por primera vez en la historia del circo, un *clown* hacía reír al público con chistes de relleno, entre número y número", apunta Armiñán. El formato actual de las funciones de circo, con su combinación de música, números con animales, acróbatas y payasos, es heredero de aquel anfiteatro.

Desde entonces, el conjunto de las artes escénicas —música, danza y teatro— conviven en el circo, por el que han pasado figuras como Andrew Ducrow, nacido también en Inglaterra, en 1793, y "creador genial de números de caballos". Algunos en la misma pista de Astley, como *El correo de San Petersburgo*, en el que cabalgaba de pie sobre dos caballos al galope mientras cuatro animales en libertad giraban alrededor de ellos.

Y mientras Astley y Ducrow reinaban en Alemania, en Francia triunfaba la familia Franconi con números también de equitación en los que Laurent sostenía a su hermano Henry sobre los hombros y a su mujer y a su cuñada por la cintura. Junto al director Dejean, los Franconi hicieron madurar al circo moderno, que cruzó fronteras hasta Alemania y los



países del norte de Europa, brilló en Rusia y floreció en Estados Unidos, donde la caravana circense se transformó en el "greatest show on Earth", recuerda el autor.

En España, el nombre de Pricce estuvo desde muy pronto unido al espectáculo del circo, que se mezclaba con el teatro y que fue capaz de atraer a toda la buena sociedad. Y desde Bilbao, artistas como los Hermanos Cape o el *clown* Chocolat han hecho grande el nombre del circo. Los primeros, un cuarteto que unió sus iniciales para formar su nombre sobre los escenarios, triunfaron con sus chistes rápidos y directos. Chocolat, un cubano que vagaba por los muelles de Bilbao cuando lo descubrió Tony Grice, se convirtió junto a Footit en la pareja que transformó el número de los payasos en Francia.

Sus nombres son sólo algunas de las piezas que componen la historia del circo, que aparece pavimentada con leyendas como Emile Gravelet, más conocido como Monsieur Blondin. Hijo de un oficial de Napoleón, su nombre pasó a la historia cuando, a los 35 años, hizo "lo que parecía imposible": cruzó, con obstáculos, las cataratas del Niágara. También el Sena y el Támesis fueron conquistados por su equilibrio, pero al llegar al madrileño parque del Retiro, encontró cortada la maroma.

Pese a ello, Blondin no cayó, ni en el Retiro ni en su carrera. Murió de diabetes a los 73 años. Otros no tuvieron tanta suerte. Porque la historia del circo, tan unida al riesgo y a la demostración de habilidades, también tiene su lista de mártires. Algunos, como los hermanos Bronnets, sucumbieron a la pulmonía, consecuencia del número cómico la *Entrada del agua* que les dio la fama. Otros cayeron cuando intentaban ir donde nadie había llegado antes, intentando dobles y triples saltos mortales.

Armiñán recuerda sus nombres en un libro que es la historia de un espectáculo que de Europa dio el salto a todos los continentes. Pero también la de un niño que, confiesa, soñó con ser domador de focas. Mucho antes de sus éxitos en el cine y en la televisión con títulos como la serie *Juncal* y las películas *Mi querida señorita* y *El nido*, representantes españolas en los Óscar de 1972 y 1981, Armiñán rindió su particular homenaje al mundo del circo. Con el impulso de Aránzazu Riosalido, la obra vuelve ahora a ver la luz.

Beatriz Rucabado